



## 1

*Perfectos desconocidos*

Luce entró con diez minutos de retraso en el vestíbulo iluminado con luces fluorescentes de la escuela Espada y Cruz. Un guarda de torso corpulento y mejillas sonrosadas, con un portapapeles bajo el brazo, que parecía de hierro, ya estaba dando instrucciones, lo cual significaba que Luce volvía a ir a remolque.

—Así que, recordad: recetas, residencias y rojas —le espetó el guarda a un grupo de tres estudiantes que estaban de espaldas a Luce—. Si seguís estas reglas básicas, estaréis a salvo.

Luce no perdió tiempo y se unió al grupo. Aún no estaba segura de si había cumplimentado bien aquel montón de documentos que le habían entregado, ni si el guarda de cabeza rapada que tenía delante era un hombre o una mujer, ni si alguien la ayudaría a llevar la enorme maleta que acarreaba, ni siquiera si sus padres iban a deshacerse de su querido Plymouth Fury en cuanto volvieran a casa. Durante todo el verano la habían amenazado con venderlo, y ahora tenían un motivo que ni siquiera Luce podía rebatir: a ningún alumno se le permitía tener coche en la nueva escuela. Bueno, en el nuevo reformatorio, para ser exactos.

Todavía se estaba acostumbrando a esa palabra.



—Eh... perdone, pero ¿podría repetir eso que ha dicho? —le pidió al guarda—. ¿Cómo era? ¿Recetas...?

—Vaya, mirad quién ha llegado —dijo en voz alta el guarda, y luego repitió lentamente—: Recetas. Si eres una de las alumnas que necesita medicación, allí te darán las pastillas que te ayudarán a no volverte loca y seguir respirando, ¿entiendes?

«Es una mujer», concluyó Luce después de estudiar a la guarda. Ningún hombre podría ser lo bastante sarcástico para decir todo aquello con un tono de voz tan edulcorado.

—Lo pillo. —Luce sintió arcadas—. Recetas.

Hacía años que había dejado de medicarse. Aunque el doctor Sanford, su especialista en Hopkinton —y la razón por la cual sus padres la habían enviado a un internado en la lejana New Hampshire—, había considerado la posibilidad de medicarla de nuevo a raíz del accidente del verano anterior, después de un mes de análisis varios se convenció de la relativa estabilidad de Luce, y ella por fin pudo olvidarse de aquellos antipsicóticos nauseabundos.

Ese era el motivo de que en su último año de estudios ingresara en Espada y Cruz un mes después de que hubieran comenzado las clases. Ya era bastante pesado ser nueva en la escuela para además empezar las clases cuando el resto ya sabía de qué iba todo. Sin embargo, a juzgar por lo que estaba viendo en la visita introductoria, aquel no era el primer día de clase solo para ella.

Miró de reojo a los otros tres alumnos dispuestos en semicírculo a su alrededor. En el último colegio en el que había estudiado, el Dover, conoció a su mejor amiga, Callie, en la visita introductoria del campus, aunque, en cualquier caso, en un colegio donde el resto de los estudiantes prácticamente habían crecido juntos, ya habría bastado

con que Luce y Callie fueran las únicas que no eran ricas herederas; además, no tardaron en darse cuenta de que también compartían la misma pasión por las películas antiguas, sobre todo las protagonizadas por Albert Finney. Después de descubrir, mientras veían *Dos en la carretera*, que ninguna de las dos llegaría a conseguir hacer palomitas sin que saltara la alarma de incendios, Callie y Luce no se separaron ni un momento. Hasta que... las obligaron a hacerlo.

A ambos lados de Luce había dos chicos y una chica, y de esta última no era muy difícil hacerse una idea de lo que cabía esperar: rubia y guapa como las modelos de los anuncios de cosméticos y con las uñas pintadas de rosa pastel a juego con la carpeta de plástico.

—Soy Gabbe —dijo arrastrando las palabras y mostrándole una gran sonrisa que se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido incluso antes de que Luce pudiera devolverle el saludo. El efímero interés de la chica le recordó más a una versión sureña de las chicas de Dover que a lo que habría esperado de Espada y Cruz. Luce no pudo saber si eso era reconfortante o no, ni tampoco pudo imaginar qué hacía en un reformatorio una chica con aquella pinta.

A su derecha había un chico de pelo castaño y corto, ojos marrones y algunas pecas en la nariz. Pero, por la forma en que le evitaba la mirada y se dedicaba a morderse un pellejo del pulgar, Luce tuvo la impresión de que, como ella, todavía debía de estar confundido y avergonzado de encontrarse allí.

El que tenía a su izquierda, en cambio, se correspondía con lo que Luce imaginaba de aquel lugar, incluso con demasiada exactitud. Era alto y delgado, llevaba al hombro una mochila de *disk jockey* y el pelo negro desgredado. Tenía los ojos verdes, grandes y hundidos, y unos labios carnosos y rosados por los que la mayoría de las chicas matarían.

En la nuca, un tatuaje negro con forma de sol que le asomaba por el cuello de la camiseta negra casi parecía arder sobre su piel clara.

A diferencia de los otros dos, cuando este chico se volvió le sostuvo la mirada. Su boca dibujaba una línea recta, pero sus ojos eran cálidos y vivos. La observó, inmóvil como una estatua, provocando que también Luce se sintiera clavada en el suelo y se le cortara la respiración: aquellos ojos eran intensos y seductores, y también un poco apabullantes.

La guarda interrumpió el trance de los chicos con un carraspeo. Luce se sonrojó y fingió estar muy ocupada rascándose la cabeza.

—Los que ya sabéis cómo funciona todo podéis iros después de dejar aquí vuestras mercancías peligrosas. —La guarda señaló una enorme caja de cartón situada bajo un cartel en el que estaba escrito con grandes letras negras: MATERIALES PROHIBIDOS—. Y, Todd, cuando digo que podéis iros... —Posó una mano en el hombro del chico pecoso, que dio un respingo—, me refiero a que vayáis al gimnasio a encontraros con los alumnos mentores que os hayan asignado. Tú —Señaló a Luce—, deja aquí tus mercancías peligrosas y quédate conmigo.

Los cuatro se acercaron de mala gana a la caja, y Luce observó, perpleja, cómo empezaban a vaciarse los bolsillos. La chica sacó una navaja roja de ocho centímetros del ejército suizo. El chico de ojos verdes dejó a regañadientes un aerosol de pintura y un cúter. Incluso el desafortunado Todd se desprendió de varias cajas de cerillas y de un pequeño cargador de mecheros. Luce se sintió casi estúpida por no tener ninguna mercancía peligrosa, pero cuando vio a los otros sacar del bolsillo los teléfonos móviles y dejarlos en la caja, se quedó sin palabras.

Al inclinarse para leer mejor el cartel de MATERIALES PROHIBIDOS, vio que los móviles, los buscapersonas y los radiotransmisores estaban prohibidos. ¡Así que no solo se quedaba sin coche! Con una mano sudorosa, Luce cogió el móvil que tenía en el bolsillo, su único medio de contacto con el mundo exterior. Cuando la guarda percibió su mirada, le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Niña, no te desvanzcas, que no me pagan lo suficiente para resucitar a los alumnos. Además, podrás hacer una llamada semanal desde el vestíbulo principal.

Una llamada... ¿semanal? Pero...

Miró por última vez su teléfono y vio que había recibido dos nuevos mensajes de texto. Parecía imposible que aquellos fueran a ser sus últimos mensajes. El primero era de Callie.

¡Llámame enseguida! Esperaré al lado del teléfono toda la noche para que me lo expliques todo. Y acuérdate del mantra que te dije que practicaras. ¡Sobrevivirás! Además, por si te interesa, creo que todo el mundo se ha olvidado de...

Típico de Callie: se había enrollado tanto que aquel teléfono de mierda había omitido las últimas cuatro líneas. En cierta forma, se sentía casi aliviada. No quería que le escribieran sobre cómo todo el mundo de su antigua escuela ya había olvidado lo que le había ocurrido, lo que había hecho para acabar en ese lugar.

Suspiró y leyó el segundo mensaje. Era de su madre, que apenas hacía unas semanas le había cogido el tranquillo a eso de escribir mensajes, y que seguro que no sabía lo de la llamada semanal, porque, si no, de ningún modo la habría abandonado allí. ¿O sí?

Mi niña, pensamos en ti a todas horas. Sé buena e intenta comer suficientes proteínas. Te llamaremos en cuanto podamos. Te queremos, mamá y papá.

Luce suspiró y cayó en la cuenta de que sus padres lo sabían. ¿Cómo, si no, se explicaba sus caras ojerosas cuando se había despedido de ellos aquella mañana desde la puerta del colegio con la maleta en la mano? Durante el desayuno había intentado bromear porque al fin iba a perder el descarado acento de Nueva Inglaterra que había cogido en Dover, pero sus padres ni siquiera habían sonreído. Creía que todavía estaban enfadados con ella, porque, cuando la lió, no le montaron el número de los gritos, sino que recurrieron al ya conocido silencio. Pero ahora comprendía la conducta tan extraña de aquella mañana: sus padres ya se estaban lamentando porque iban a separarse de su única hija.

—Seguimos esperando a alguien —dijo la guarda—. Me pregunto quién será.

La atención de Luce volvió de golpe a la caja de las mercancías peligrosas, que ahora rebosaba de objetos de contrabando que ni siquiera reconocía. Percibía que los ojos verdes del chico de cabello oscuro seguían clavados en ella. Alzó la vista y notó que todos la miraban. Le tocaba a ella. Cerró los ojos y poco a poco relajó los dedos hasta que el teléfono cayó sobre la cumbre del montón con un ruido seco y triste: el sonido de la soledad absoluta.

Todd y Gabbe *la Robot* se dirigieron a la puerta sin siquiera mirar a Luce, pero el tercer chico se volvió hacia la guarda.

—Yo podría ponerla al corriente de todo —se ofreció, señalando a Luce con la cabeza.

—Esas no son las normas —repuso la guarda de forma automática, como si hubiera estado esperando aquel diálogo—. Vuelves a ser un alumno nuevo, y eso significa que se te aplican las restricciones de los alumnos nuevos. Tienes que volver a empezar desde cero. Si no te gusta, deberías haberlo pensado mejor antes de quebrantar la libertad condicional.

El chico se quedó inmóvil, inexpresivo, mientras la guarda tiraba de Luce —que se había quedado de piedra al oír las palabras «libertad condicional»— hacia el fondo del vestíbulo amarillo.

—Venga, adelante —dijo, como si no hubiera pasado nada—. Residencias.

Señaló la ventana que daba al oeste, desde donde se divisaba a lo lejos un edificio de color ceniza. Luce vio a Gabbe y a Todd arrastrando los pies hacia allí, y al tercer chico andando sin prisa, como si alcanzarlos fuera la última cosa que tuviera que hacer.

La residencia de estudiantes era un edificio imponente y cuadrangular, un bloque sólido y gris cuyas gruesas puertas dobles no revelaban nada de lo que ocurría dentro. En medio del césped amarillento había una enorme placa de piedra y Luce recordaba haber visto en la web de la escuela las palabras RESIDENCIA PAULINE cinceladas en su superficie. En realidad, el complejo parecía incluso más feo bajo la brumosa luz de aquella mañana que en la anodina fotografía en blanco y negro.

Incluso desde aquella distancia, Luce atisbaba el moho negro que cubría la fachada de la residencia. En todas las ventanas había hileras de gruesas barras de acero. Luce entornó los ojos: ¿de verdad la valla estaba rematada por un alambre de púas?

La guarda bajó la vista hacia el dossier y abrió la ficha de Luce.

—Habitación sesenta y tres. Por ahora, deja la maleta en mi despacho con las de los demás. Podrás deshacerla esta tarde.

Luce arrastró su maleta roja hacia los otros tres baúles negros e insulsos. Luego, en un acto reflejo, hizo el ademán de coger el móvil, porque era donde acostumbraba anotar las cosas que tenía que recordar. Pero, al ver que su bolsillo estaba vacío, suspiró y no le quedó más remedio que memorizar el número de la habitación.

Aún era incapaz de entender por qué no podía quedarse con sus padres; su casa de Thunderbolt estaba a menos de media hora de Espada y Cruz. Le había sentado tan bien volver a su hogar en Savannah, donde, como siempre decía su madre, «hasta el viento soplaban con pereza»... El ritmo más ligero y tranquilo de Georgia se adaptaba a Luce mucho mejor de lo que el de Nueva Inglaterra lo había hecho nunca.

Pero Espada y Cruz, el lugar inerte y gris que el tribunal le había asignado, no se parecía a Savannah ni a ningún otro lugar. Luce había oído accidentalmente una conversación de su padre con el director; su padre había ido asintiendo con ese característico lío mental propio de los profesores de Biología y había acabado respondiendo:

—Claro, claro, quizá lo mejor es que esté controlada todo el tiempo. No, por supuesto, no nos gustaría poner trabas al sistema de la escuela.

Sin duda, su padre no había visto las condiciones en las que supervisaban a su única hija. Aquel lugar parecía una prisión de máxima seguridad.

—¿Y qué significa eso... cómo ha dicho... las rojas? —preguntó Luce a la guarda cuando ya estaba a punto de concluir la visita introductoria.

—Las rojas —contestó la guarda señalando hacia un pequeño dispositivo eléctrico que colgaba del techo: una lente con una luz roja parpadeante. Luce no se había percatado, pero, en cuanto la guarda señaló el primero, vio que había infinidad por todas partes.

—¿Cámaras?

—Muy bien —respondió la guarda con cierto tono de condescendencia—. Las dejamos a la vista para que no olvidéis que están ahí. En cualquier momento, en cualquier lugar, os estamos vigilando. Así que no la fastidies, si lo que quieres es lo mejor para ti.

Cada vez que alguien hablaba a Luce como si fuera una psicópata, ella casi acababa creyendo que lo era.

Los recuerdos la habían hostigado todo el verano, en sueños y en los raros momentos en que sus padres la dejaban sola. Algo había ocurrido en aquella cabaña, y todos (incluida Luce) se morían por saber exactamente qué. La policía, el juez, los asistentes sociales habían intentado sonsacarle la verdad, pero ella sabía tan poco como ellos. Había estado bromeando con Trevor y se habían perseguido el uno al otro hasta llegar a la hilera de cabañas que había frente al lago, lejos del resto de sus compañeros. Intentó explicar que había sido una de las mejores noches de su vida... hasta que se convirtió en la peor.

Había dedicado mucho tiempo a recrear aquella noche en su memoria, oyendo la risa de Trevor, sintiendo cómo sus manos le rodeaban la cintura... y a intentar conciliar la certeza instintiva de que ella era en verdad inocente.

Pero ahora todas las normas y regulaciones de Espada y Cruz parecían contradecir esa idea, parecían sugerir que ella era peligrosa de verdad y que era preciso controlarla.

Luce notó una mano firme en el hombro.

—Mira —le dijo la guarda—, si te hace sentir mejor, te aseguro que no eres ni de lejos el peor caso que hay aquí.

Fue el primer gesto humano que la guarda dedicó a Luce, y ella creyó que en realidad sí tenía la intención de hacerla sentir mejor. Pero ¿la habían enviado allí a causa de la muerte enigmática de un chico por el que estaba loca y, aun así, no era «ni de lejos el peor caso que hay aquí»? Luce se preguntó qué otros casos podía haber en Espada y Cruz.

—De acuerdo, se ha acabado la presentación —concluyó la guarda—. A partir de ahora te las arreglarás sola. Aquí tienes un mapa por si necesitas encontrar algo.

Le dio una fotocopia de un mapa chapucero dibujado a mano y consultó el reloj.

—Tienes una hora antes de la primera clase, pero la teleserie que sigo empieza en cinco minutos, así que... —le hizo un gesto con la mano— píérdete un poco por el colegio. Y no lo olvides —añadió señalando las cámaras una última vez—: las rojas te están vigilando.

Antes de que Luce pudiera responder, una chica flaca y con el pelo negro apareció frente a ella moviendo sus largos dedos frente a la cara.

—Ooooooh —dijo la niña imitando la voz de un contador de historias de terror y bailando a su alrededor—. Las rojas te están vigilandoooooo.

—Lárgate de aquí, Arriane, antes de que te haga una lobotomía —espetó la guarda; aunque estaba claro, a juzgar por su sonrisa breve pero sincera, que sentía un cariño algo desafectado por esa niña loca.

También estaba claro que Arriane no sentía lo mismo. Hizo un gesto a la guarda como si se estuviera masturbando, y luego miró a Luce, con la esperanza de que estuviera ofendida.

—Y por hacer eso —dijo la guarda mientras apuntaba una nota con brusquedad en el cuaderno— hoy te has ganado la tarea de enseñarle el colegio a Little Miss Sunshine.

Señaló a Luce, que parecía cualquier cosa menos reluciente, vestida como iba con unos tejanos negros, unas botas negras y un top negro. En la sección de las «Normas de vestimenta», la página web de Espada & Cruz sostenía con entusiasmo que, mientras los alumnos se portaran bien, podían vestirse como quisieran, respetando solo dos condiciones: el estilo no podía ser llamativo y el color debía ser negro, así que en realidad no había mucho donde elegir.

La camiseta de manga larga y cuello alto que su madre le había obligado a ponerse aquella mañana no resaltaba para nada su figura, e incluso su mayor atractivo había desaparecido: casi le habían cortado por completo el cabello negro y voluminoso, que solía llegarle hasta la cintura. El fuego de la cabaña le había dejado la cabeza chamuscada y con pequeñas calvas, así que tras el camino de vuelta, largo y silencioso, de Dover a casa, su madre la había metido en la bañera, había cogido la maquinilla eléctrica de papá y sin decir una palabra le afeitó la cabeza. Durante el verano le había crecido un poco, lo suficiente para que el envidiable cabello ondulado de antes ahora se hubiera convertido en una sucesión de rulos desmañados asomando justo detrás de sus orejas.

Arriane le echó un vistazo mientras uno de sus dedos tamborileaba en sus labios pálidos.

—Perfecto —dijo, y dio un paso al frente para enlazar su brazo con el de Luce—. Precisamente estaba pensando que me hacía falta una nueva esclava.

La puerta del vestíbulo se abrió y entró el chico alto de ojos verdes. Negó con la cabeza y le dijo a Luce:

—En este lugar no tienen reparos en desnudarte para registrarte. Así que, si llevas encima cualquier otro tipo de «mercancía peligrosa» —alzó una ceja y tiró un puñado de cosas irreconocibles en la caja—, ni lo intentes.

Detrás de Luce, Arriane intentaba aguantarse la risa. El chico levantó la cabeza y, cuando se dio cuenta de que estaba Arriane, abrió la boca, luego la cerró, como si no supiera cómo reaccionar.

—Arriane —dijo sin alterar la voz.

—Cam —respondió ella.

—¿Lo conoces? —susurró Luce, pensando que en los reformatorios quizá habría el mismo tipo de pandillas que hay en las escuelas como Dover.

—No me lo recuerdes —contestó Arriane, y se llevó a Luce afuera, donde la mañana seguía gris y húmeda.

La parte de atrás del edificio principal daba a una acera desconchada que bordeaba un campo abandonado. La hierba había crecido tanto que, a pesar de que había un marcador descolorido y unas gradas de madera al aire libre, parecía más un solar vacío que las instalaciones de un colegio.

Algo más lejos había cuatro edificios de aspecto sobrio: el que estaba más a la izquierda era un bloque residencial de color ceniza; a la derecha, una iglesia inmensa muy fea; y en medio otras dos estructuras anchas que Luce supuso que eran las aulas.

No había nada más. Todo su mundo se reducía a la lamentable vista que se extendía enfrente.

Arriane giró enseguida hacia la derecha, fuera del sendero, llevó a Luce hasta el campo, y una vez allí se sentaron en lo más alto de una de las gradas de madera llenas de agua.

Las instalaciones equivalentes que había en Dover estaban destinadas a los aprendices de atleta de la Ivy League, de modo que Luce siempre las había evitado. Pero aquel campo vacío, con las porterías combadas y oxidadas, era algo muy diferente, algo que Luce aún no podía comprender. Tres buitres volaban sobre sus cabezas, y un viento lúgubre azotaba las ramas desnudas de los robles. Luce metió la barbilla bajo el cuello de su camiseta.

—Buenooo —dijo Arriane—. Ahora ya has conocido a Randy.

—Pensaba que se llamaba Cam.

—No estamos hablando de él —respondió Arriane con rapidez—. Me refiero al travesti ese de antes. —Arriane movió la cabeza en dirección a la oficina donde la guarda se había quedado frente al televisor—. ¿Qué dirías, tío o tía?

—Eh... ¿tía? —preguntó Luce con indecisión—. ¿Es un test o qué?

Arriane sonrió.

—El primero de muchos, y este lo has pasado, o al menos creo que lo has pasado. El sexo de gran parte del cuerpo docente de aquí es un debate continuo entre todos los alumnos. No te preocupes, ya te enterarás.

Luce pensó que Arriane estaba bromeando; en tal caso, no pasaba nada. Pero todo aquello suponía un cambio tan radical respecto a Dover... En su antiguo colegio, los futuros senadores con corbata

verde casi parecían brotar de los pasillos, del silencio elegante con que el dinero parecía cubrirlo todo.

Los niños de Dover solían mirar a Luce de reojo, como diciendo «no-pringues-las-paredes-blancas-con-los-dedos». Intentó imaginar a Arriane allí: holgazaneando en las gradas y haciendo bromas groseras y ordinarias. Luce intentó imaginar qué pensaría Callie de ella, porque en Dover no había nadie parecido a Arriane.

—Vamos, suéltalo —le ordenó Arriane. Se dejó caer sobre la grada más alta y con un gesto invitó a Luce a que se acercara—. ¿Qué hiciste para que te metieran aquí?

El tono de Arriane era juguetón, pero de repente Luce sintió la necesidad de sentarse. Era ridículo, pero había esperado pasar el primer día de colegio sin que el pasado la atosigara y la privara de aquella fina capa de calma que había mantenido hasta entonces. Pero, claro, la gente de allí quería saberlo.

Podía sentir la sangre palpitándole en las sienes. Siempre ocurría lo mismo cuando quería recordar —recordar de verdad— aquella noche. Nunca había dejado de sentirse culpable por lo que le había ocurrido a Trevor, pero también intentaba con todas sus fuerzas no dejarse enredar en las sombras, que hasta el momento eran lo único que podía visualizar de aquella noche. Aquellos seres oscuros e indefinibles de los que no podía hablar a nadie.

Pero volvió a intentarlo... estaba empezando a contarle a Trevor que esa noche sentía una presencia extraña, que había unas formas retorcidas suspendidas sobre sus cabezas que amenazaban con estropear aquel momento perfecto. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Trevor se había esfumado, su cuerpo había ardido hasta quedar irreconocible, y Luce era... era... ¿culpable?

No le había contado a nadie que a veces veía unas formas turbias en la oscuridad que siempre iban hacia ella. Hacía tanto tiempo que iban y venían, que Luce no podía recordar cuándo fue la primera vez que las vio. Pero podía recordar la primera vez que comprendió que las sombras no se le aparecían a todo el mundo... O, mejor dicho, que solo se le aparecían a ella. A los siete años, fue de vacaciones con su familia a Hilton Head y sus padres la llevaron a hacer una travesía en barco. Al ponerse el sol, las sombras empezaron a moverse sobre el agua, y ella se dirigió a su padre y le dijo:

—¿Qué haces cuando vienen, papá? ¿Por qué no te dan miedo los monstruos?

No había monstruos, le aseguraron sus padres, pero la insistencia con que Luce repitió que había algo tembloroso y oscuro le acarreó una serie de consultas con el oculista de la familia, y luego las gafas, y luego más consultas con el otorrino, tras cometer el error de describir el ruido ronco y fantasmagórico que a veces hacían las sombras... y luego terapia, y luego más terapia y, por último, una prescripción para tomar medicamentos antipsicóticos.

Pero nada hizo que desaparecieran.

A los catorce años se negó a tomar la medicación. Fue cuando conocieron al doctor Sanford, y, muy cerca, estaba la escuela Dover. Tomaron un vuelo hasta New Hampshire, y su padre condujo el coche de alquiler por una carretera larga y con curvas hasta una mansión llamada Shady Hollows, que estaba en la cima de la colina. Pusieron a Luce frente a un hombre con bata blanca y le preguntaron si aún tenía sus «visiones». Las palmas de las manos de sus padres estaban sudadas cuando la cogieron de la mano; estaban muy serios, porque temían que había algo en su hija que funcionaba terriblemente mal.

Nadie le contó que, si ella no le decía al doctor Sanford lo que todos ellos querían que dijera, puede que pasara mucho más tiempo en Shady Hollows. Al mentir y actuar como si no pasara nada, le autorizaron matricularse en Dover, y solo tenía que visitar al doctor Sanford dos veces al mes.

Le permitieron dejar de tomar aquellas asquerosas pastillas tan pronto como fingió que ya no veía más sombras. Pero, aun así, seguían apareciendo cuando les daba la gana. Lo único que sabía era que trataba de evitar en la medida de lo posible todo aquel catálogo mental de lugares donde se le habían aparecido las sombras en el pasado —bosques frondosos, aguas turbias—. Lo único que sabía era que, cuando llegaban las sombras, sentía un escalofrío, una sensación terrible que no se parecía a nada en el mundo.

Luce se sentó a horcajadas sobre una de las gradas y se frotó las sienes con los dedos pulgar y corazón. Si quería superar ese primer día, tendría que esforzarse en no ahondar en su memoria. Seguramente no podría soportar los recuerdos de aquella noche, así que bajo ninguna circunstancia podía permitirse airear el menor detalle truculento ante aquella desconocida extravagante y desequilibrada.

En vez de responder, observó a Arriane, tendida sobre la grada con unas gafas de sol enormes que le cubrían gran parte de la cara. Aunque no pudiese asegurarlo, probablemente también ella debía de haber estado mirando a Luce, pues al cabo de un instante se incorporó y le sonrió.

—Me voy a cortar el pelo como tú —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Luce—. Pero si tienes un pelo precioso.

Era verdad: Arriane lucía unos mechones largos y voluminosos, como los que Luce tanto echaba de menos. Sus rizos sueltos y negros

resplandecían con la luz del sol y desprendían un matiz rojizo. Luce se pasó el cabello por detrás de las orejas, pero como no era lo bastante largo, volvía a echársele hacia delante.

—Te queda genial —dijo Arriane—. Es sexy, atrevido. Quiero llevarlo igual.

—Eh... vale —respondió Luce. ¿Era un cumplido? No sabía si se tenía que sentir halagada u ofendida por la forma en que Arriane daba por sentado que podía tener lo que quisiera, incluso si lo que quería pertenecía a otra persona. —¿Y dónde vamos a conseguir...?

—¡Tachán!

Arriane metió la mano en su bolso y sacó la navaja color rosa del ejército suizo que Gabbe había dejado en la Caja de Mercancías Peligrosas.

—¿Qué pasa? —dijo al ver la reacción de Luce—. Mis dedos pegajosos siempre están atentos cuando los nuevos alumnos han de dejar sus cosas el primer día. El mero hecho de pensar en ello me ayuda a sobrevivir a la canícula durante mi estancia en el campo de internamiento... eh, quiero decir, de verano, de Espada & Cruz.

—¿Te has pasado todo el verano... aquí? —preguntó Luce haciendo una mueca.

—¡Ja! Hablas como una verdadera novata. Seguro que crees que tendremos vacaciones en primavera —le tiró la navaja suiza—. No nos dejan salir de este agujero infernal. Nunca. Ahora, córtame el pelo.

—¿Y qué pasa con las rojas? —preguntó Luce, mientras miraba a su alrededor con la navaja en la mano. Seguro que allí fuera había cámaras en alguna parte.

Arriane negó con la cabeza.

—No pienso juntarme con miedicas. ¿Te atreves o no?

Luce asintió.

—Y no me vengas con que nunca le has cortado el pelo a nadie.

—Arriane le quitó la navaja de las manos, desplegó las tijeras y se la devolvió—. Ni una palabra más hasta que me digas lo fantástica que estoy.

En la bañera de sus padres —el único «salón de belleza» que había visto Luce—, su madre le había hecho una cola de caballo antes de cortarle el pelo. Luce estaba segura de que había formas más prácticas de cortar el pelo, pero, como casi no había pisado una peluquería en su vida, el corte de la coleta era lo único que conocía. Sujetó el pelo de Arriane entre sus manos, lo recogió con una goma elástica que llevaba en la muñeca, empuñó las tijeras pequeñas con fuerza y empezó a cortar.

La cola de caballo cayó a sus pies, Arriane dio un pequeño grito y se volvió al momento. La cogió y la alzó al sol. El corazón de Luce se estremeció al verla. Ella misma todavía no había superado la pérdida de su pelo, y todas las otras pérdidas que este simbolizaba. Pero Arriane esbozó una sonrisa sutil. Resiguió la cola de caballo con los dedos y la introdujo en el bolso.

—Increíble —dijo—. Sigue, sigue.

—Arriane —susurró Luce, antes de quedarse paralizada—. Tu cuello. Está todo...

—¿Lleno de cicatrices? —preguntó Arriane completando la frase—. Puedes decirlo.

La piel del cuello de Arriane, desde la clavícula hasta la parte de atrás de la oreja izquierda, estaba llena de cortes y tenía una textura jaspeada y reluciente. Luce se acordó de Trevor, de aquellas terribles imágenes. Incluso sus propios padres no se atrevieron a mirarla des-

pués de verlas. En ese instante era ella quien lo estaba pasando mal mientras observaba a Arriane.

Arriane tomó la mano de Luce y la puso contra su piel. Estaba caliente y fría a la vez, era suave y rugosa.

—A mí no me da miedo —dijo Arriane—. ¿Y a ti?

—No —dijo Luce, aunque deseaba que Arriane retirara la mano, y así ella también podría hacerlo. Pensó que así fue como debió de quedar la piel de Trevor, y le revolvió el estómago.

—¿Tienes miedo de quién eres realmente, Luce?

—No —respondió de nuevo con rapidez. Sin duda se le notaba que estaba mintiendo. Cerró los ojos. Todo cuanto quería era empezar de nuevo en Espada & Cruz, estar en un lugar donde la gente no la mirara del modo en que lo estaba haciendo Arriane en aquel momento. Cuando esa misma mañana, a las puertas del colegio, su padre le había susurrado al oído el lema de la familia Price («Los Price nunca se rinden»), ella había sentido que podría conseguirlo; pero ahora se sentía tan abatida y vulnerable... Apartó la mano.

—Así pues, ¿qué te pasó? —preguntó mirando al suelo.

—¿Recuerdas que yo no te he presionado cuando no has dicho ni mu sobre por qué te han metido aquí? —le preguntó Arriane enarcando las cejas.

Luce asintió.

Arriane señaló las tijeras con un gesto.

—Que quede bien por detrás, ¿vale? Quiero estar muy guapa, tan guapa como tú.

Aunque le hiciese exactamente el mismo corte, Arriane solo podría llegar a convertirse en una versión diluida de Luce. Mientras Luce intentaba dejar lo más igualado posible el primer corte de pelo

de su vida, Arriane profundizaba en los detalles de la vida cotidiana en Espada & Cruz.

—Ese bloque de celdas de allí es Augustine. Es donde celebramos los llamados «eventos sociales» los miércoles por la noche. Y también donde damos todas las clases —dijo señalando una construcción del color de unos dientes amarillentos que albergaba dos edificios, a la derecha de la residencia. Parecían diseñados por el mismo sádico que había engendrado a Pauline. Era totalmente cuadrado y parecía una fortaleza, cercado con el mismo alambre de púas y las mismas ventanas con barrotes. Una neblina gris que parecía artificial cubría las paredes como si fuera musgo, impidiendo ver si había alguien allí dentro.

—Quedas advertida —continuó Arriane—: vas a odiar las clases que te darán aquí. No serías humana si no lo hicieras.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo? —preguntó Luce. Quizá a Arriane no le gustaba el colegio en general. Las uñas esmaltadas de negro, los ojos pintados de negro, el bolso negro que solo parecía lo bastante grande para guardar la navaja suiza, no le daban precisamente aspecto de intelectual.

—Las clases son la muerte —dijo Arriane—. Peor: las clases te dejan como muerto. De los ochenta chavales que hay aquí, diría que solo quedan tres que sigan vivos. —Alzó la vista—. Y no es que sirvan de mucho, la verdad...

Aquello no sonaba muy prometedor, pero a Luce le había llamado la atención un detalle que había mencionado Arriane.

—¿Solo hay ochenta alumnos en toda la escuela?

El verano antes de su ingreso en Dover, Luce había estudiado con detenimiento el manual para futuros estudiantes y memorizó to-

das las estadísticas. Pero todo cuanto sabía hasta el momento de Espada & Cruz la había sorprendido, y se dio cuenta de que había entrado en aquel reformatorio completamente desinformada.

Arriane asintió, y sin querer Luce le cortó de un tijeretazo un mechón que pensaba dejar. Glups. Con suerte, Arriane no se daría cuenta, o a lo mejor solo pensaría que era atrevido.

—Ocho clases, diez chavales cada una. Enseguida acabas sabiendo qué clase de mierda pringa a cada uno de ellos —dijo Arriane—. Y viceversa.

—Supongo —convino Luce mientras se mordía el labio. Arriane estaba de broma, pero Luce se preguntó si estaría sentada allí con ella dedicándole aquella simpática sonrisa a sus ojos azul pastel si supiera con pelos y señales cuál era su historia personal. Cuanto más tiempo consiguiera mantener oculto su pasado, mejor.

—Y será mejor que evites los casos complicados.

—¿Casos complicados?

—Los que llevan las pulseras de localización —dijo Arriane—. Más o menos una tercera parte de los estudiantes.

—Y ellos son quienes...

—Mejor no tener problemas con ellos. Hazme caso.

—Vale, ¿y qué han hecho?

Aunque Luce quería que su historia fuera un secreto, tampoco le gustaba que Arriane la tratara como si fuera una boba. Fuera lo que fuera lo que habían hecho los otros no podía ser mucho peor que lo que todo el mundo le decía que había hecho ella. ¿O sí? Después de todo, no sabía casi nada de aquellas personas ni de aquel lugar. Solo con pensar en las posibles causas de su internamiento, sentía un miedo frío y gris atenazándole la boca del estómago.

—Bueno, ya sabes —dijo arrastrando las palabras—. Instigaron o participaron en actos terroristas, descuartizaron a sus padres y los tostaron en el horno... —Se volvió y le guiñó un ojo a Luce.

—Venga ya, no digas chorradas —repuso Luce.

—Lo digo en serio. Esos psicópatas están mucho más controlados que el resto de los chiflados de aquí. Los llamamos «los grilletes».

A Luce le resultó gracioso el tono dramático con que lo pronunció.

—El corte de pelo ya está —dijo, y pasó las manos por el cabello de Arriane para atusarlo un poco. De hecho, había quedado bastante bien.

—Perfecto —dijo Arriane.

Se volvió para ponerse frente a Luce. Cuando se pasó la mano por el cabello, los antebrazos sobresalieron por las mangas del jersey negro, y Luce vio que llevaba una pulsera en ambas muñecas: una negra con hileras de tachuelas plateadas, y otra que parecía más... mecánica. Arriane se fijó en su mirada y levantó las cejas diabólicamente.

—Te lo he dicho —prosiguió—. Unos jodidos psicópatas. —Sonrió—. Vamos, te enseñaré lo que queda.

Luce no tenía muchas más opciones. Descendió por las gradas detrás de Arriane, agachándose cada vez que algún buitre volaba peligrosamente bajo. Arriane, que parecía no darse cuenta, señaló la iglesia revestida de líquenes que se encontraba a la derecha del campo.

—Por allí está nuestro gimnasio vanguardista —dijo imitando el tono nasal de los guías turísticos—. Sí, sí, para quien no está acostumbrado parece una iglesia, y antes lo era. Espada & Cruz constituye una especie de infierno arquitectónico de segunda mano. Hace algunos años, irrumpió un psiquiatra demente y calisténico que se dedicó a despoticar contra los adolescentes sobremedicados que

arruinaban la sociedad. Puso un montón de pasta y transformaron la iglesia en un gimnasio. Ahora las autoridades piensan que podemos desahogar nuestras «frustraciones» de una «forma natural y productiva».

Luce gruñó. Siempre había detestado la clase de gimnasia.

—Veo que pensamos igual —se lamentó Arriane—: la entrenadora Diante es el deemoonio.

Mientras Luce corría para alcanzarla, examinó el resto del recinto. El patio interior de Dover estaba tan bien cuidado, lleno de árboles podados con esmero y distribuidos armónicamente, que, en comparación, parecía que se hubieran olvidado de Espada & Cruz y la hubieran abandonado en medio de una ciénaga. Unos sauces llorones descolgaban sus ramas hasta el suelo, el kudzu crecía por las paredes como una sábana, y a cada dos pasos se hundían en el fango.

Y no era solo el aspecto de aquel lugar. Cada vez que respiraba aquel aire húmedo era como si se le clavara en los pulmones. El mero hecho de respirar en Espada & Cruz la hacía sentirse como si se hundiera en arenas movedizas.

—Al parecer, los arquitectos tuvieron serios problemas para modernizar el estilo de los edificios de la antigua academia militar, y el resultado fue una mezcla de penitenciaría y de zona de torturas medieval. Y sin jardinero —dijo Arriane mientras se sacudía los restos de limo que se habían adherido a sus botas de combate—. Asqueroso. Ah, allí está el cementerio.

Luce miró hacia donde apuntaba el dedo de Arriane, a la izquierda del patio, justo después de la residencia. Un manto de niebla aún más espeso se cernía sobre la parcela de tierra amurallada. Un frondoso robleal circundaba tres de sus lados. No se podía ver el ce-

menterio propiamente dicho, que parecía hundido bajo la superficie de la tierra, pero se podía oler la putrefacción y se oía el coro de cigarras que zumbaban en los árboles. Por un instante le pareció ver el temblor de las sombras, pero parpadeó y las sombras desaparecieron.

—¿Eso es un cementerio?

—Pssse. Todo esto antes había sido una academia militar, en los tiempos de la Guerra Civil, y allí es donde enterraban a los muertos. Es superespeluznante. Y *Dioz* —añadió Arriane con un falso acento del sur—, apesta al séptimo cielo —dicho lo cual, le guiñó un ojo a Luce—. Solemos ir mucho por esa parte.

Luce miró a Arriane para ver si bromeaba, pero Arriane se encogió de hombros.

—Vale, vale, solo fuimos una vez, y después de pillar una buena turca.

Vaya, aquella era una palabra que Luce podía reconocer.

—¡Ajá! —exclamó Arriane—. He visto cómo se te ha encendido una luz. Así que hay alguien en casa. Bueno, querida Luce, puede que hayas ido a las fiestas del internado, pero nunca has visto cómo se lo montan los de un reformatorio.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Luce, intentando soslayar el hecho de que en Dover nunca había asistido a una gran fiesta.

—Ya lo verá. —Arriane se detuvo y miró a Luce—. Pásate esta noche y podrás comprobarlo, ¿vale? —Inesperadamente, le cogió la mano—. ¿Lo prometes?

—Yo pensaba que habías dicho que debía mantenerme alejada de los casos complicados —dijo Luce con ironía.

—Regla número dos: ¡no me hagas caso! —respondió Arriane riéndose y moviendo la cabeza—. ¡Estoy oficialmente loca!

Empezó a correr otra vez, y Luce la siguió.

—¡Espera! ¿Cuál era la regla número uno?

—¡Mantente alerta!

Cuando dieron la vuelta a la esquina del bloque de color ceniza donde estaban las aulas Arriane frenó en seco y derrapó.

—Rollo tranquilo —dijo.

—Tranquilo —repitió Luce.

Los demás estudiantes se apiñaban alrededor de la densa arboleda de kudzus frente al Augustine. Nadie parecía especialmente contento de estar fuera, pero tampoco aparentaban ganas de entrar.

En Dover no había algo parecido a unas normas de vestimenta, así que Luce no estaba acostumbrada a la uniformidad que esta confería a los estudiantes. Pero, incluso aunque todos llevaran los mismos vaqueros negros, la camiseta negra de cuello alto y mangas largas, y el jersey negro sobre los hombros o anudado en la cintura, seguían apreciándose diferencias sustanciales en la forma de personalizarla.

De pie, con los brazos cruzados, un grupo de chicas tatuadas lucían brazaletes hasta el codo. Los pañuelos negros que llevaban en el pelo le recordaron a Luce una película sobre una banda de chicas motoristas. La alquiló porque pensó: «¿Qué es más flipante que una banda de motoristas formada solo por chicas?». En ese momento la mirada de Luce se topó con la de una de las chicas que se encontraban al otro lado del césped. Cuando Luce notó que aquellos ojos de gato pintados de negro se entrecerraban sin dejar de mirarla fijamente, apartó la vista de inmediato.

Un chico y una chica que iban cogidos de la mano se habían cosido una bandera pirata con lentejuelas en el dorso de sus jerséis negros. Cada dos por tres, uno de ellos se acercaba al otro para darle un beso en la sien, en el lóbulo de la oreja o en los ojos. Cuando se abrazaron, Luce pudo observar que ambos llevaban la pulsera con el dispositivo de localización. Parecían un poco brutos, pero era evidente que estaban muy enamorados. Cada vez que veía centellear el *piercing* que llevaban en la lengua, Luce sentía un pellizco de melancolía en el pecho.

Tras ellos, había un grupo de chicos rubios apoyados en la pared que llevaban el jersey puesto a pesar de que hacía calor. Todos llevaban camisas blancas tipo Oxford con el cuello almidonado y los pantalones negros les llegaban justo hasta los empeines de sus zapatos impecables. De todos los estudiantes del patio, estos eran lo más parecido a lo que Luce había visto en Dover. Pero al prestarles un poco más de atención, enseguida se dio cuenta de que eran distintos de los chicos a los que ella estaba acostumbrada. Chicos como Trevor.

Así, en grupo, aquellos tipos irradiaban una dureza especial, por la forma en que miraban. Era difícil de explicar, pero de repente Luce se dio cuenta de que, al igual que ella, todos en aquella escuela tenían un pasado. Todos, seguramente, tenían secretos que no querían compartir. Sin embargo, no sabía si eso la hacía sentirse más o menos sola.

Arriane notó que Luce estaba observando a los demás.

—Todos hacemos lo que podemos para sobrevivir —comentó con indiferencia—. Pero, por si aún no te habías fijado en los buitres volando bajo, te diré que este lugar apesta a muerte.

Se sentó en un banco que había bajo un sauce llorón y dio un golpecito a su lado para que Luce hiciera lo mismo.

Antes de sentarse, Luce apartó unas hojas mojadas que se habían caído, y en ese instante detectó otra violación de las normas de vestimenta.

Una violación de las normas de vestimenta muy atractiva.

Llevaba una bufanda de color rojo vivo enrollada al cuello. Aunque no hacía frío, también llevaba una chaqueta de cuero negro de motero, además del jersey negro. Quizá se debió a que aquella era la única mancha de color que había en todo el patio, pero el hecho es que Luce no podía mirar a ninguna otra parte. En comparación, todo lo demás palidecía, y durante un buen rato Luce se olvidó de dónde estaba.

Observó su cabello de un dorado intenso, la piel bronceada, las mejillas prominentes, las gafas de sol que le cubrían los ojos, la forma suave de sus labios. En todas la películas que había visto Luce, y en todos los libros que había leído, el pretendiente era alucinantemente guapo, pero con un pequeño defecto. Un diente mellado, un precioso mechón de pelo o una interesante cicatriz en la mejilla izquierda. Ella sabía por qué: si el héroe era «demasiado» perfecto corría el riesgo de ser inalcanzable. Pero, tanto si era inalcanzable como si no, Luce siempre había sentido debilidad por lo que era eminentemente bello. Como aquel chico.

Estaba apoyado en el edificio, con los brazos cruzados. Y, por una fracción de segundo, Luce se imaginó a sí misma entre sus brazos. Negó con la cabeza, pero la imagen siguió tan viva en su mente que casi se fue directa hacia él.

Era una locura, ¿no? Incluso en un colegio lleno de locos, Luce sabía perfectamente que aquella reacción instintiva era una insensatez. Ni siquiera lo conocía.

Estaba hablando con un chaval más bajo, con rastas y de sonrisa dentada. Ambos estaban riendo a carcajadas, de una forma que a Luce le hizo sentirse celosa. Intentó recordar cuándo fue la última vez que había reído, de verdad, como ellos lo estaban haciendo.

—Ese es Daniel Grigori —dijo Arriane, que se inclinó hacia ella y le leyó la mente—. Me parece que a alguien le ha llamado la atención.

—Y a quién no —asintió Luce, un poco avergonzada por cómo había mirado a Arriane.

—Bueno, claro, si te gustan así.

—¿Y de qué otra forma te pueden gustar?

—El amigo de al lado es Roland —dijo Arriane señalando con un gesto al chico de las rastas—. Es simpático. Es de los que te pueden conseguir cosas, ya sabes.

«No, no sé», pensó Luce mordiéndose el labio.

—¿Qué tipo de cosas?

Arriane se encogió de hombros, y con la navaja suiza robada cortó los hilos sueltos de un rasgón que tenía en los tejanos.

—Cosas. Pide y conseguirán el material.

—Y de Daniel —preguntó Luce—, ¿qué sabes?

—Vaya, la niña no se rinde. —Arriane se rió y se aclaró la garganta—. No está muy claro —dijo—. No sale mucho de su papel de hombre misterioso; encajaría a la perfección en tu estereotipo del típico gilipollas de reformatorio.

—No sería el primer gilipollas con el que me cruzo —respondió Luce, pero, en cuanto aquellas palabras salieron de sus labios, ya deseaba no haberlas pronunciado. Después de lo que le pasó a Trevor, fuese lo que fuese, había quedado claro que a ella no se le daba nada

bien saber qué tipo de persona tenía delante. Pero lo que más le preocupaba era que durante las pocas ocasiones en que había hecho la más mínima referencia a aquella noche, el trémulo velo de sombras había vuelto a ella, casi como si estuviera de nuevo en el lago.

Miró de nuevo a Daniel. Este se quitó las gafas, las metió en un bolsillo de su chaqueta y luego se volvió par mirarla.

Sus miradas se encontraron, y Luce observó que al principio abría los ojos de par en par, aunque al momento los entrecerró, como si estuviera sorprendido. Pero no... había algo más. De repente, mientras seguían mirándose, sintió que le faltaba el aire: lo había visto antes en algún lugar.

Sin embargo, si hubiese conocido a alguien como él se acordaría, se acordaría de haberse sentido tan alterada como se sentía en ese momento.

Se dio cuenta de que seguían mirándose cuando Daniel le sonrió. Se sintió invadida por una ola de calor y tuvo que apoyarse en el banco para no caerse. Notó que sus labios se abrían para devolverle la sonrisa, y en ese momento él levantó la mano.

Le enseñó un dedo.

Luce dejó escapar un gritito y bajó la vista.

—¿Qué? —preguntó Arriane, que no se había dado cuenta de nada.

—Olvídalo —respondió—. No hay tiempo, ya suena el timbre.

El timbre sonó en el momento justo, y poco a poco todos los alumnos empezaron a entrar en el edificio. Arriane tiraba de la mano de Luce mientras le decía atropelladamente dónde y cuándo podrían encontrarse más tarde. Pero Luce no dejaba de pensar en por qué aquel completo extraño le había enseñado el dedo. El instantáneo



delirio que le había provocado Daniel se desvaneció en un momento; y quería saber de qué iba aquel tío.

Antes de entrar en su primera clase, se armó de valor y miró atrás. Él, por supuesto, ni siquiera se había inmutado: seguía mirándola mientras ella se alejaba.

